



Karen Aurora Mauriño García

IIMP

karenmaugar@gmail.com

Cada vez que surge una nueva enfermedad como el COVID-19, comienza una carrera contra el tiempo en los laboratorios líderes a nivel mundial para comprender su comportamiento clínico y epidemiológico. Y con los avances tecnológicos del siglo XXI, se ha vuelto evidente una realidad: no son solo los virus, los hongos o las bacterias los que pueden propagarse de manera incontrolable, provocar pánico colectivo, traspasar fronteras y sobrecargar los sistemas de salud.

Cuando se propaga una enfermedad de cualquier tipo, surge casi al mismo tiempo un fenómeno no menos grave: la enorme cantidad de información tanto correcta como errónea que se multiplica exponencialmente a través de los medios digitales; un proceso al que la Organización Mundial de la Salud (OMS) ha dado oficialmente el nombre de “infodemia” (1).

Dada la compleja situación actual de la pandemia, la desinformación no es un problema insignificante; por el contrario, es un factor decisivo que reduce el cumplimiento de las medidas sanitarias, distorsiona la percepción del riesgo y debilita la eficacia de las políticas de salud pública (1,2). En este contexto, debemos plantearnos una pregunta fundamental: como estudiantes de medicina y profesionales de la salud, ¿nuestro papel sigue limitándose únicamente al entorno

clínico tradicional, o debemos asumir la responsabilidad activa de la divulgación científica?

Los planes de estudio de las escuelas de medicina tradicionalmente han sido diseñados desde un punto de vista alopático. Se le da importancia a la fisiopatología, diagnósticos concretos de enfermedades complejas y al uso de fármacos de última generación. Nos hacen expertos para interpretar signos vitales, el manejo de dispositivos tecnológicos en las salas de urgencias, pero complicadamente se nos enseña a traducir el lenguaje médico a un lenguaje sencillo, cotidiano y real que la población necesita. Esta barrera en la comunicación se vuelve sumamente peligrosa durante las crisis sanitarias igual que sucedió con el COVID-19. Según la OMS, las noticias falsas, teorías y pláticas que van de boca en boca sin fundamento científico no solo confunden, sino que dañan la confianza de la población en las instituciones científicas y el personal de salud, por lo que la mayoría comienza a tomar decisiones individuales para el bienestar colectivo que pueden resultar en dañinas (2).

La “epidemia de la desinformación” es un problema de salud pública que debemos abordar de manera prioritaria. Varias revisiones sistemáticas han señalado que la difusión de información engañosa sobre

tratamientos falsos o “curas milagrosas”, conduce directamente a un aumento en las tasas de morbilidad, a un incremento en los casos de intoxicación y al deterioro de la salud mental de la población debido a la propagación de la confusión cognitiva (3).

Cuando un paciente con miedo al experimentar los síntomas iniciales de una nueva enfermedad, decide buscar terapias alternativas sin fundamento científico en lugar de acudir a un centro médico, pierde la oportunidad crítica para recibir un tratamiento oportuno. Esto da lugar a que los pacientes, cuyo estado ya se ha agravado, ingrese al sistema de salud, lo que ejerce una enorme presión sobre los servicios de salud. La gestión adecuada de la información y la comunicación efectiva no son, en absoluto, habilidades secundarias; son los pilares de la medicina preventiva y son tan importantes para salvar vidas como lavarse las manos o vacunarse.

Especialmente en este entorno digital y social, los estudiantes de medicina desempeñan un papel estratégico. Por un lado, nuestra formación académica nos brinda las herramientas necesarias para analizar literatura científica y evaluar la calidad de la evidencia. Por otro lado, como generación que ha crecido en la era digital, comprendemos profundamente la dinámica actual de las interacciones en las redes sociales (4). Este contexto nos da la capacidad clave para cerrar la brecha y, de este modo, promover el diálogo con la sociedad. La divulgación científica no debe considerarse una tarea opcional, ni debe recaer exclusivamente en manos de investigadores con amplia experiencia.

Desmentir mitos, explicar los procesos biológicos de manera accesible y responder a las dudas del público son medidas preventivas para proteger a la población contra la desinformación.

Para garantizar que este cambio sea real y sostenible, las instituciones educativas y las organizaciones estudiantiles deben incorporar en sus temas de aprendizaje: comunicación científica, habilidades de manejo de la información y ética de la biología digital en los planes de estudio de medicina. Así como evaluamos las habilidades clínicas, también debemos aprender a comunicarnos sobre temas de salud de manera empática y clara, evitando el uso de lenguaje especializado. Para hacer frente de manera eficaz a la "pandemia de la información" se requiere una estrategia integral e interdisciplinaria que fortalezca los vínculos directos y estrechos entre los profesionales de la salud y la comunidad (3). Y si, como profesionales de la salud permanecemos en silencio, se creará un vacío de información que las narrativas científicas falsas no tardarán en aprovechar.

Por último, la práctica médica actual no puede limitarse al diagnóstico, al tratamiento o a la prescripción de medicamentos. Las enfermedades emergentes y recurrentes requieren soluciones integrales, en las que la comunicación clara y basada en la evidencia debe tratarse con la misma precisión y rigor que cualquier procedimiento clínico. Como futuros médicos, debemos tomar la iniciativa para liderar esta transformación. Transmitir el conocimiento científico con empatía, sobre

la base de fundamentos sólidos, es una de nuestras responsabilidades éticas fundamentales para con la sociedad.

Enriquecemos las mentes de los pacientes con información confiable, asegurándonos de que las verdades científicas se difundan más rápido y de manera más efectiva que cualquier mito y/o desinformación.

REFERENCIAS

1. World Health Organization. Infodemics and misinformation negatively affect people's health behaviours, new WHO review finds [Internet]. Copenhagen: WHO Regional Office for Europe; 2022 Sep 1 [citado 2026 Jul 29]. Disponible en: <https://www.who.int/europe/news/item/01-09-2022-infodemics-and-misinformation-negatively-affect-people-s-health-behaviours--new-who-review-finds>
2. World Health Organization. WHO public health research agenda for managing infodemics [Internet]. Geneva: World Health Organization; 2021 Feb 3 [citado 2026 Jul 29]. Disponible en: <https://www.who.int/publications/i/item/9789240019508>
3. Nascimento IJB, Pizarro AB, Almeida JM, Azzopardi-Muscat N, Gonçalves MA, Björklund M, et al. Infodemics and health misinformation: a systematic review of reviews. Bull World Health Organ. 2022;100(9):544-61. doi:10.2471/BLT.21.287654
4. Pai M, Yellapurkar S, Shodhan Shetty A. Infodemic in public health a reemerging public health threat: a scoping review [Internet]. F1000Res. 2023;12:632. doi:10.12688/f1000research.130687.1

